

ECUADOR Debate

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira, Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga, Fredy Rivera Vélez, Marco Romero.

Director: Francisco Rhon Dávila. Director Ejecutivo del CAAP
Primer Director: José Sánchez Parga. 1982-1991
Editor: Hernán Ibarra Crespo
Asistente General: Margarita Guachamín

REVISTA ESPECIALIZADA EN CIENCIAS SOCIALES

Publicación periódica que aparece tres veces al año. Los artículos y estudios impresos son canalizados a través de la Dirección y de los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones, comentarios y análisis expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

© ECUADOR DEBATE. CENTRO ANDINO DE ACCION POPULAR

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$ 45

ECUADOR: US\$ 15,50

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US\$. 15

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR US\$ 5,50

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173B, Quito-Ecuador

Tel: 2522763 . Fax: (5932) 2568452

E-mail: caaporg.ec@uio.satnet.net

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

PORTADA

Magenta

DIAGRAMACION

Martha Vinueza

IMPRESION

Albazul Offset

ECUADOR DEBATE 87

Quito-Ecuador, Diciembre 2012

PRESENTACION / 3-6

COYUNTURA

Diálogo sobre la Coyuntura: Una escena electoral pautada por la supremacía del Estado / 7-16

Conflictividad socio-política: Julio-Octubre 2012 / 17-26

TEMA CENTRAL

Discurso y sujeto en los movimientos campesinos en la Costa del Ecuador, 1980-2009

Rafael Guerrero / 27-50

El proceso de la acción colectiva según Charles Tilly

Eduardo González Calleja / 51-72

Sectores medios y ciclo de protesta antineoliberal ecuatoriano:

El caso de la Unión Nacional de Educadores

David Suárez, Lama Alibrahim, Miguel Ruiz / 73-94

Del altermundialismo a la protesta de los indignados:

¿Nuevos discursos y nuevas formas de acción?

Julie E. Massal / 95-122

El movimiento ecologista popular anti-minero en el Ecuador

Sara Latorre Tomás / 123-146

DEBATE AGRARIO-RURAL

“Organización comunitaria por el agua: caso de la comunidad del ‘río trenzado”

Andrea Ponce García / 147-160

ANÁLISIS

Pueblos indígenas en Canadá: libre determinación y derechos a la tierra

Shin Imai / 161-176

Ecuador y Venezuela en la lupa: entre el neodesarrollismo y el populismo

César Ulloa Tapia / 177-188

2 Índice

RESEÑAS

El pensamiento político de los movimientos sociales / 189-192
Toacazo. En los Andes equinocciales tras la Reforma Agraria / 193-196

El proceso de la acción colectiva según Charles Tilly* Eduardo González Calleja**

Los estudios de Charles Tilly (1929-2008) han ejercido una amplia influencia en la historia y sociología de la acción colectiva. Las elaboraciones teóricas de Tilly establecieron un estilo riguroso de investigación sustentada en amplias series de datos que han permitido entender las lógicas históricas y políticas de protestas, rebeliones y movilizaciones. Esta síntesis de sus principales aportes propone situar el significado de las modalidades y repertorios de la acción colectiva en diferentes épocas y espacios europeos.

A mediados de los años sesenta del siglo XX, una serie de nuevos programas de investigación marcaron el declive del paradigma del comportamiento colectivo violento como algo anormal, desorganizado o contagioso, y abrieron paso al análisis de la acción concertada como un comportamiento deliberado y racional, dirigido hacia el cambio social. Cuando los investigadores comenzaron a aplicar la perspectiva de la elección racional, las viejas teorías fundamentadas en la ira, la emoción o la frustración comenzaron a caer en el descrédito. Dentro de esta línea de estudio del carácter racional de

la acción colectiva merece mención especial la obra de Charles Tilly (1929-2008). Su estilo “empresarial” de investigación (algunas semblanzas le pintan como un Henry Ford dirigiendo una factoría de estudios cuantitativos sobre huelgas, tumultos del hambre y rebeliones fiscales), su permanente atención a los procedimientos de investigación, el ensamblaje de una prodigiosa colección de datos históricos y la importancia que otorgaba a la crítica, el comentario y la síntesis distinguían su labor de la de otros sociohistoriadores.¹ Su audiencia mixta de historiadores interesados por sus métodos de análisis inno-

* El presente trabajo recupera algunas consideraciones planteadas en mi libro *La violencia en la política. Perspectivas teóricas sobre el empleo deliberado de la fuerza en los conflictos de Poder*, Madrid, CSIC, 2002. Se realiza en el marco del Proyecto de I+D HAR2012-38258-C02-01 del Ministerio de Economía y Competitividad.

** Universidad Carlos III de Madrid

1 Lynn Hunt, “Charles Tilly’s Collective Action”, en Theda Skocpol (comp.), *Vision and Method in Historical Sociology*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984, pp. 244-245, 255 y 257. Una divertida exposición de sus métodos de trabajo, en el texto “How I Work” [http://etss.net/evolution/how_i_work/tilly.htm].

vadores y de sociólogos que buscan modelos alternativos de acción colectiva y estrategias de investigación histórica que den respuesta a las cuestiones sociológicas que se plantean se explica en buena parte porque Tilly empleaba un lenguaje ambivalente y una metodología que se sitúa a mitad de camino entre la Historia y la Sociología.²

Su formación en diversas tradiciones sociológicas le permitió seguir una línea ecléctica. La influencia de Stuart Mill se percibe en su modelo de movilización, donde hacía hincapié en la importancia de los intereses y de la oportunidad para que la gente actúe colectivamente con el fin de maximizar sus ganancias colectivas. La protesta, como cualquier otra acción colectiva, es una acción marcada por la racionalidad.³ La influencia marxiana resulta también perceptible⁴: Tilly enfatizaba el conflicto sobre el consenso, y destacaba la dimensión política de la acción colectiva, así como la dinámica del capitalismo para entender el desarrollo de las situaciones revolucionarias. En sus trabajos, el Estado aparece como un protagonista social más, que representa los intereses de los grupos sociales dominantes, y cuya legitimación resulta siempre problemática. Sin embargo, la posición relativa de los contendientes no la extraña mecánicamente de su posición en las relaciones de producción, y advertía que la organización económica no

precede necesariamente en su análisis a factores como la formación del Estado o el crecimiento urbano, que con todo tienen una tradición más marxista que el ambiguo término de “modernización”. Tilly rechazaba la noción de leyes generales de desarrollo o modelos generales anacrónicos. Su objetivo era vincular transformaciones específicas en tiempos y lugares particulares con los procesos generales de cambio.⁵

También se acercó a Max Weber cuando describía al Estado como un actor básico que lucha por sus propios intereses y derechos. Consideraba además que las creencias, las costumbres, las visiones del mundo, los derechos y las obligaciones afectan indirectamente a la acción colectiva a través de su influencia en los intereses, la organización, la movilización y la represión.⁶ Sin embargo, se mostró muy duro con Durkheim, a quien criticaba su noción de anomia y el modo en que la hacía derivar de resultados sociales no deseados. Pero sus invectivas se dirigieron sobre todo contra los herederos de la teoría durkheimiana de la patología y la desorientación social, como Huntington, Johnson o Gurr, por la falta de adecuación que existe en sus trabajos entre la evidencia histórica y las hipótesis derivadas de sus investigaciones. En contrapartida, insistió en la racionalidad e intencionalidad de la acción colectiva, y destacó la importancia de la

2 Hunt, “Charles Tilly’s Collective Action”, p. 266.

3 Charles Tilly, *From Mobilization to Revolution*, Nueva York, Random House-McGraw-Hill Publishing Co./Reading, Addison Wesley Publishing Co., 1978, p. 48.

4 Como se reconoce explícitamente en Charles, Louise y Richard Tilly, *The Rebellious Century (1830-1930)*, Cambridge, Harvard University Press, 1975, p. 274.

5 Charles Tilly, *As Sociology Meets History*, Nueva York, Academic Press Inc., 1981, pp. 44-46.

6 Tilly, *From Mobilization to Revolution*, p. 48.

creatividad y de la solidaridad —esto es, la organización—, no de la ansiedad, la furia, la desintegración o la ruptura del control social, a la hora de promover la acción colectiva.

Tilly y sus colaboradores han ofrecido una interpretación del conflicto y de la protesta que parte de una teoría de la acción intencional en ocasiones cercana a la de Gurr o Davies, pero que ha reivindicado el carácter eminentemente político y deliberado de la acción colectiva impulsada por actores concretos, no movidos exclusivamente por vagos estados psicosociales de rebeldía. Su estilo de trabajo seguía las siguientes etapas: 1) basándose en sugerencias realizadas en la literatura especializada y en sus propias intuiciones, Tilly formuló hipótesis que debieran explicar manifestaciones duraderas y transformaciones a largo plazo de la acción colectiva; 2) especificaba las implicaciones de estas hipótesis; 3) elaboraba grandes series de datos referentes a las modalidades y transformaciones de la acción colectiva a largo plazo; 4) comprobaba la adecuación entre los datos empíricos y las implicaciones específicas de las hipótesis; 5) en función de los resultados obtenidos, rechazaba o reformulaba las hipótesis centrales que explican por qué los cambios en la acción colectiva tienen lugar en el modo en que lo hacen y sus específicas consecuencias históricas, y 6) si las hipótesis se dirigían a una misma dirección, elaboraba un modelo más universalmente aplicable, por ejemplo,

el esquema general de movilización presentado en su obra clásica *From Mobilization to Revolution* (1978). Su programa de investigación rechazaba las definiciones y las interpretaciones genéricas e inalterables:

“En lugar de estudiar conductas imperecederas de las multitudes, estudiamos las formas particulares de acción que utiliza la gente en sus reivindicaciones. En vez de estudiar las leyes del movimiento social, estudiamos la emergencia del movimiento social como fenómeno político. En vez de estudiar el poder en general, estudiamos las modalidades del poder dentro de un cierto modo de producción”.⁷

Por ello, su punto de vista resulta de alto valor para el historiador de la violencia: “la organización de una población y su situación política —observaba Tilly— condicionan fuertemente su modo de acción colectiva y ésta limita estrechamente las posibilidades de violencia. Así, cada tipo de grupo participa en modalidades de violencia colectiva significativamente diferentes”.⁸ Como podemos ver, Tilly destacaba los componentes organizativos y estratégicos de una revolución (intereses, estructura y movilización del grupo, oportunidad de la acción) donde Gurr y Davies destacan los componentes “volcánicos”; para unos, la revolución es algo que se organiza; para los otros, es algo que explota. La acción colectiva de protesta, violenta o no, surge directamente de los procesos políticos

7 Tilly, *As Sociology Meets History*, p. 46.

8 Charles Tilly, “Collective Violence in European Perspective”, en Hugh David Graham y Ted Robert Gurr (eds.), *The History of Violence in America*, Beverly Hills, Sage, 1979, pp. 38-39.

centrales de una población, en vez de expresar corrientes difusas de descontento.⁹

Al contrario de los irracionalistas de fines del siglo XIX, que concebían la violencia como síntoma de la mentalidad enfermiza de la multitud, Tilly la percibía como una manifestación de la búsqueda del normal interés colectivo, por parte de grupos a los que se les niega una participación más formal y rutinaria en la toma de decisiones políticas. Pero advierte que “para utilizar modelos de acción racional no es preciso suponer que toda acción colectiva esté básicamente calculada, elegida, deseada, y que sea factible y eficaz. Únicamente es preciso suponer, provisionalmente, una serie coherente de relaciones entre los intereses, la organización, las creencias compartidas y las acciones de los actores”.¹⁰ Para Tilly, los grupos que se implican regularmente en la acción colectiva perciben y prosiguen un conjunto común de intereses, y la acción colectiva requiere coordinación, comunicación y un nivel de solidaridad que se extienda más allá de la acción misma.¹¹

A diferencia de Mancur Olson, Tilly piensa que las personas están motivadas directamente por el interés colectivo, no por cálculos racionales de utilidad puramente personal. La teoría de la elección racional aseguraba que los contendientes están continuamente evaluando los costes y los beneficios de su acción, pe-

ro ambas magnitudes resultan inciertas, porque los rivales en un conflicto sólo disponen de una información parcial sobre la situación política, y todas las partes se implican en una interacción estratégica que aumenta la fluidez de la situación. La gente no actúa, pues, movida por la racionalidad absoluta y objetiva, sino por lo que percibe como razonable y factible en cada momento.

Tilly se reconocía como historiador estructuralista, y criticaba al postmodernismo, puesto que proclamaba la huida del individualismo del conocimiento histórico y reconocía la enorme importancia de las transacciones, las interacciones y las relaciones interpersonales en los procesos sociales.¹² Contemplaba la cultura, entendida como las creencias compartidas y sus objetivizaciones, no como un residuo, sino como un marco en el que tiene lugar la acción, y al discurso como un importante medio de acción, pero negaba que la cultura y el discurso sin agentes agotasen la realidad social existente. Optaba por señalar que las intenciones de los actores no suelen ser unitarias ni claras, ni son siempre previas a la acción, de modo que prefería estudiar el cambio producido en la conciencia de los actores que deriva en relaciones y en interpretaciones compartidas. En opinión de Tilly, la cultura se inserta de lleno en la realidad social y ayuda a transformarla. Su análisis se cen-

9 Tilly, *From Mobilization to Revolution*, p. 25.

10 Charles Tilly, *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Madrid, Alianza, 1991, pp. 47-48.

11 Charles Tilly, “The Modernization of Political Conflict in France”, en Edward B. Harvey (ed.), *Perspectives on Modernization. Essays in Memory of Ian Weinberg*, Toronto, University of Toronto Press, 1972, p. 74.

12 Ludger Mees, “Entrevista con el profesor Charles Tilly”, *Historia Social* (Alzira), nº 24, 1996, p. 156.

traba en la construcción de la acción social, conectando las condiciones materiales, las identidades comunes, las relaciones sociales, las creencias compartidas y las memorias con las experiencias, la interacción colectiva y la reordenación del poder. Consideraba que las relaciones sociales (más que las mentalidades sociales) son las realidades fundamentales, y asumía que los individuos y los grupos articulan sus intereses antes de la acción. La actividad social rutinaria (producción, intercambio y consumo) afecta a la distribución de recursos, a las redes de relación social entre los diferentes segmentos de población y a su capacidad para actuar conjuntamente. La población actúa dentro de los límites impuestos por las creencias y las convenciones que han establecido en el curso de las interacciones previas, y las acciones individuales y colectivas crean o transforman esos residuos culturales (información, creencias, convenciones, adhesiones, lazos sociales, etcétera), que a su vez impulsan la acción a través de la acumulación de conocimientos y experiencias compartidas y relaciones sociales. De modo que los significados compartidos, las interacciones y los lazos sociales encierran una lógica acumulativa en los procesos de confrontación.¹³ Los repertorios de confrontación y las identidades políticamente disponibles se influyen y cambian mutuamente.¹⁴

Los factores esenciales de la acción colectiva

Tilly presentaba un sistema político compuesto de tres elementos básicos: el gobierno como órgano dotado de los medios de coerción sobre la población, los grupos que tienen acceso al poder y los adversarios. También proponía un modelo procesual de la acción colectiva basado en cinco grandes etapas, que no son estáticas, sino que cambian a lo largo del tiempo, e incluso son diferentes en un momento dado para distintos grupos sociales y organizaciones:

1. Intereses comunes: Se refiere a las aspiraciones de un grupo, y a las pérdidas y ganancias compartidas que resultan de su interacción con los grupos rivales. A largo plazo, las relaciones de producción nos pueden indicar qué intereses van a predominar en cada momento, pero a corto plazo es el propio comportamiento de los grupos el que posibilita la articulación de sus intereses comunes.

2. Organización: Las oportunidades políticas no se pueden aprovechar si no existe una infraestructura organizativa, formal o informal, capaz de canalizar los procesos de acción colectiva. La extensión de la identidad común y de la estructura unificada de un grupo afecta de manera directa a su capacidad para actuar sobre sus intereses, pero que los or-

13 Charles Tilly, *Popular Contention in Great Britain, 1758-1834*, Cambridge y Londres, Harvard University Press, 1995, pp. 38-41.

14 *Ibíd.*, p. 369.

ganizadores del movimiento consigan movilizar a sus bases no depende sólo de la organización formal, sino de las redes sociales donde se integran los seguidores, y de las estructuras de movilización que se establezcan.

3. Movilización: Los movimientos de protesta se forman en torno a una serie de reivindicaciones e ideas compartidas sobre lo que se considera justo e injusto. Los programas para realizar sus demandas y la imputación de sus causas son la base ideológica para la movilización, que puede definirse como el proceso por el cual un grupo adquiere el control sobre los recursos necesarios para la acción colectiva. La movilización proporciona el potencial para esta acción, que se transforma en conflicto mediante la interacción entre el grupo retador y el desafiado. Entre las variables que facilitan la movilización figuran la presencia o ausencia de competidores sobre los mismos recursos, la identificación del programa de acción con los intereses de cada miembro y la cohesión interna del grupo movilizado.

Tilly señalaba dos secuencias típicas del proceso de movilización, mediante el cual un grupo se asegura el control sobre los recursos necesarios para su acción colectiva: la movilización volcánica o espontánea se produce cuando el movimiento surge "desde abajo", se organiza de forma rudimentaria y elabora una ideología a veces tomada del exterior y articulada por líderes carismáticos. La movilización "desde arriba" brota como resultado de una manipulación, conspi-

ración o intermediación organizadora emprendida por las élites, que al comienzo difunden una visión ideológica atractiva, y a continuación una institucionalización del nuevo orden normativo ligado a esta ideología.¹⁵ Tilly diferenciaba además tres tipos de movilización: la *defensiva* aparece como fruto de una amenaza exterior al grupo, que induce a sus miembros a unir sus recursos para combatir al enemigo, como sucede, por ejemplo, en los conflictos de la sociedad rural tradicional (por ejemplo, una *jacquerie*). La movilización *ofensiva* se da cuando un grupo une sus esfuerzos en respuesta a las oportunidades para realizar sus intereses (por ejemplo una revolución), y en la movilización *preparatoria* el grupo une sus esfuerzos anticipándose a futuras oportunidades o amenazas (por ejemplo, una huelga reivindicativa convocada por un sindicato).

El mismo proceso de movilización puede transformar los intereses del grupo y su propia organización. En general, la formación de los movimientos está ligada a la mejora del *status* de los grupos agraviados, no tanto por el hecho de que tales agravios sean creados por la "revolución de las expectativas crecientes", sino sobre todo porque estos cambios reducen los costos de la movilización para otros grupos, y aumentan sus posibilidades de éxito.¹⁶

Hasta este punto, Tilly exponía el "modelo de movilización", que describe la conducta de un contendiente en términos de interés, organización, poder y

15 Piotr Sztompka, *Sociología del cambio social*, Madrid, Alianza, 1995, pp. 319-320.

16 J. Craig Jenkins, "La teoría de la movilización de recursos y el estudio de los movimientos sociales", *Zona Abierta* (Madrid), nº 69, 1994, p. 13.

otras variables: es la defensa de un interés colectivo lo que suscita la movilización, entendida como el proceso por el cual un grupo deja de ser pasivo para convertirse en un elemento activo de la vida pública. Para devenir un elemento activo, ese grupo tiene necesidad de organización, que es lo que permite unificar a los actores de una colectividad con vistas a emprender una acción concertada. El grupo estará mejor organizado cuanto más densa sea la red de relaciones internas y más fuerte sea la identidad del grupo.

El paso de la capacidad de actuar a los incentivos u oportunidades para actuar lo da la otra parte de su modelo de acción colectiva: el "modelo político", que da cuenta de las relaciones externas de los contendientes con otros actores, es decir, de las coaliciones y luchas por la conquista o la conservación del poder. Según Tilly, la política capaz de explicar la acción colectiva es "el uso diario del poder, la lucha continua por el mismo, la cambiante estructura del poder cuando éste ha afectado los destinos de las comunidades locales y la gente común".¹⁷ En opinión de McAdam, hay tres factores macropolíticos que inciden en la formación y evolución de los movimientos: una estructura de oportunidades políticas favorables, la aparición de crisis y situaciones de enfrentamiento que debilitan la posición hegemónica de los grupos o coaliciones dominantes, y la ausencia o uso restringido de la repre-

sión estatal, conectada a los dos factores anteriores.¹⁸ Por su parte, Tilly destaca dos factores estructurales que facilitan la aparición de la rebeldía social: el nivel de organización de la población agraviada y las circunstancias que enfrentan a los descontentos con los grupos integrados en el orden político.

4. Oportunidad: La relación entre la protesta y el contexto en que se produce es dialéctica: la acción colectiva tiene la virtualidad de demostrar a otros la posibilidad de actuar, y ofrecer oportunidades a los movimientos menos poderosos o con menos iniciativa. Por medio de la acción colectiva se pone al descubierto las debilidades del oponente, que a menudo sólo pueden constatarse cuando es preciso responder a un reto concreto. También se saca a la luz la existencia de aliados soterrados, tanto dentro como fuera del sistema, y por último se pueden derribar barreras institucionales de modo que se permita la recepción de nuevas demandas. El encuentro entre grupos antagonistas produce modelos de acción colectiva que facilitan oportunidades para otros movimientos en cuatro modos diferentes: expandiendo las oportunidades del propio grupo a través de su propia acción reivindicativa; ampliando las oportunidades para otros grupos de protesta que incluyen nuevas formas de acción en su repertorio; generando oportunidades políticas para sus oponentes, sobre todo cuando un movimiento amenaza a otro en un contexto general

17 Tilly, *The Contentious French*, p. 10.

18 Doug McAdam, «Micromobilization Contexts and Recruitment to Activism», en Bert Klandermans, Hanspeter Kriesi y Sidney Tarrow (eds.), *From Structure to Action: Comparing Social Movements Across Cultures*, Greenwich (CT), JAI Press, 1988, pp. 125-154.

de movilización, forzándole a actuar en contra suya, o cuando los beneficios logrados por el primer grupo suponen costes, o puede generar costes, para el segundo, y creando oportunidades políticas para las autoridades y las élites integradas en el sistema. Las oportunidades son desfavorables cuando las acciones reivindicativas dan el pretexto para la represión, y favorables cuando permiten a los grupos políticos oportunistas asumir todo o parte del programa reivindicativo, optando por una política reformista e incluso encabezando el movimiento de protesta.

5. Acción colectiva: Se puede definir como la actuación conjunta de un grupo de personas con el objeto de conseguir intereses comunes. Como el comportamiento colectivo de Smelser, la acción colectiva es un concepto amplio, suficientemente ambiguo y menos ideológico que los de lucha de clases, violencia tumultuaria o desviación social. En *From Mobilization to Revolution*, Tilly describía la acción colectiva como un concepto que implica dos grandes tipos de análisis social difíciles de conciliar: el causal (acción como resultado de fuerzas externas al individuo o grupo) y el intencional (acción como resultado de la elección racional de acuerdo con reglas más o menos explícitas). Para Tilly, la acción colectiva no era un fenómeno espontáneo, sino un proceso basado en la evaluación de costes y beneficios que surgía del desarrollo lógico de los factores anteriormente descritos. El cambio estructural afecta a la acción colectiva de

manera profunda, pero indirecta, a través de la creación, la transformación y la destrucción de grupos con intereses comunes y con capacidad real de movilización. A partir de ese estadio inicial, Tilly esbozaba un modelo secuencial: la acción se desplaza generalmente desde la percepción de los intereses compartidos (ventajas o beneficios que pueden resultar de la acción conjunta) y la organización de los grupos (estructura de grupo, como identidades, lazos y solidaridades comunes que aumentan su capacidad de acción coordinada) a la movilización (adquisición del control colectivo sobre los recursos coercitivos, utilitarios y normativos necesarios para la acción), y de allí a la acción colectiva (aplicación de recursos a fines comunes) cuando surgen oportunidades concretas para actuar eficazmente.¹⁹

Los factores generales que inciden en la acción colectiva son: la solidaridad interna del grupo (cohesión e integración), su autonomía frente al exterior (segmentación o separación respecto a otros grupos sociales), sus capacidades (organización previa y repertorio de acciones conocidas por la gente) y su estructura de oportunidades (aliados exteriores, debilidad del poder, etcétera). La existencia de repertorios de contestación de eficacia contrastada, de redes sociales densas y de una sólida estructura cultural disminuyen los costes de la acción, creando una dinámica de movimiento más amplia y vasta. Estos factores se conjugan para dar lugar a las diversas formas de actuación en común.

19 Tilly, *From Mobilization to Revolution*, pp. 7-10 y 52-55.

Los tipos de acción colectiva

En su análisis de los movimientos populares de protesta en Gran Bretaña entre 1758 y 1834, Tilly elaboró una tipología de las alternativas de dicha acción colectiva contenciosa según el grado de espontaneidad de la misma y los procesos sociales que precipitan la actuación²⁰:

Grado de intencionalidad

1. *Impulsos directos*: cuando la gente actúa dirigida por emociones irresponsables y necesidades primarias como la pobreza, el hambre, la rabia o el miedo.
2. *Conciencia impuesta*: cuando la gente acepta o no es capaz de eludir ideologías construidas por instituciones ajenas a los mismos (iglesias, partidos, poderes locales, etcétera), y actúa bajo las premisas de esos programas externos.
3. *Significados compartidos*: cuando la gente es consciente de lo que hace, porque ha forjado un análisis tradicional, porque alguien ha propuesto un análisis atractivo, o porque ha formado su propia percepción compartida de la situación social, desarrollada en el transcurso de las luchas previas, en la experiencia diaria o como resultado de su exposición a nuevas ideas.

Procesos sociales precipitantes

1. *Tensión social*: la vida social consiste en una confrontación cotidiana entre individuos determinados y la

sociedad, sometida a unos cambios que pueden generar desorden. Cuando la crisis social surge del mal funcionamiento de mecanismos reguladores (hambres, epidemias, guerras), la lucha se aleja de la estructura del poder, y tiene por efecto la ruptura del normal proceso social.

2. *Movilización política*: la acción depende de la implicación de la gente en movimientos organizados o de opinión (asociaciones, iglesias, sociedades, sindicatos, partidos, etcétera) respecto del poder.
3. *Lucha de grupos*: los individuos y grupos comparten intereses y crean significados. La vida social consiste en interacciones entre grupos de intereses, y la rivalidad por la presencia de divisiones religiosas, étnicas, lingüísticas, políticas, etcétera es una consecuencia natural de estas interacciones. Este modo conflictivo permite establecer una línea explicativa entre las luchas diarias y los cambios en la estructura del poder.

Donde hay impulso directo y tensión social se producen *desórdenes* (disrupción temporal del orden político mantenido por la autoridad establecida), lo que supone negar efectividad histórica a la gente ordinaria. En contraste, la conciencia impuesta y la movilización política precipitan el cambio social y el *progreso* cuando los movimientos y líderes en competencia articulan los intereses para el cambio (secularización, urbanización, desarrollo del capitalismo...) de forma más o menos eficaz en el transcurso de

20 Tilly, *Popular Contention in Great Britain*, pp. 30-34.

las movilizaciones cotidianas. Por último, los significados compartidos y los conflictos de grupo pueden dar lugar a *enfrentamientos violentos*. Pero estas divisiones no son tajantes, puesto que el conflicto, la cooperación y la movilización institucional pueden aparecer en un mismo proceso histórico.

La propuesta teórica de Tilly destaca la lógica de la interacción, y señala la importancia de las oportunidades, de los grupos coherentes, de las creencias compartidas, de las coaliciones, de la movilización y la interacción colectiva organizada, de la represión y del facilitamiento, que ponen en relación la confrontación abierta y el ejercicio rutinario del poder, y atribuyen a las luchas de la gente corriente un impacto significativo en los asuntos nacionales.

La acción colectiva siempre tiene lugar como parte de la interacción entre personas o grupos, no como resultado de una actividad individual. Opera dentro de los límites planteados por las instituciones, prácticas y creencias compartidas existentes. Los participantes aprenden, innovan y construyen historias en el curso de esa acción, y cada forma de acción colectiva tiene una historia que canaliza y transforma sus empleos subsiguientes. Cada acción colectiva se integra en repertorios limitados y bien definidos, que son particulares para cada actor, objeto de acción, tiempo, lugar y circunstancias estratégicas.

Una de las formas más comunes de acción colectiva en el mundo contemporáneo es el enfrentamiento o la protes-

ta, que Tilly definía como acción colectiva disruptiva dirigida contra instituciones, élites, autoridades u otros grupos, en nombre de los objetivos colectivos de los actores o de aquéllos a quienes dicen representar. Este tipo de acciones rechazan la mediación institucional, provocan desorganización, interrupción de los procesos económicos y políticos y de la rutina diaria; son expresivas, porque las demandas son presentadas con cargas simbólicas fuertemente emocionales y en términos no negociables; y son estratégicas en su elección de recursos, objetivos y momento. Aunque este tipo de acciones no es necesariamente violento, la forma más directa supone la amenaza de usar la violencia, y su manifestación última es la violencia abierta.²¹

Como los teóricos de la modernización, Tilly propuso un esquema evolutivo de desarrollo de la acción colectiva violenta en tres tipos sucesivos: *primitiva* (la desplegada por las comunidades y asociaciones rivales antes de desarrollo del Estado centralizado: riñas gremiales o escolares, disputas entre ciudades, *pogromos*, violencia bandoleril o milenarista...), *reaccionaria* (la resistencia de grupos comunales autónomos y débilmente organizados que se levantan contra una presunta conculcación de sus derechos adquiridos frente a la penetración del Estado nacional y de la economía capitalista: revueltas campesinas, ocupación de tierras y bosques, motines antifiscales o contra la conscripción, tumultos del hambre, *luddismo*...) y *moderna*, que es desplegada por asociaciones

21 Sidney Tarrow, *Democracy and Disorder: Protest and Politics in Italy, 1965-1975*, Oxford, Clarendon Press, 1989, p. 14.

especializadas y organizadas a escala nacional para la acción política o económica, como las huelgas, las manifestaciones, las campañas electorales, las acciones revolucionarias, etcétera. Sus objetivos, relativamente bien definidos, consisten, antes que en la resistencia, en el deseo de controlar una mayor gama de objetivos, programas y demandas.²² Más adelante, Tilly hizo ligeros retoques a esta clasificación tripartita, y diferenciando:

1. La acción colectiva *competitiva* u horizontal (ejecutada sobre los contrincantes en la protesta durante las querellas por recursos y derechos sobre los que no se tiene control previo, y que son reclamados por otros grupos y comunidades rivales, competidoras o participantes), que ha sido dominante en los siglos XV y XVI.
2. La acción *reactiva* (prácticas de autodefensa frente a presiones exteriores, cuando los derechos reclamados fueron establecidos o disfrutados, pero luego revocados o usurpados, como son los motines de subsistencia o quintas), típica de los siglos XVII a XIX, aunque también pueden asimilarse a ella las acciones actuales de gobierno que buscan la destrucción de la oposición, la restricción en la movilización política o la defensa a

ultranza de la estabilidad del sistema político.

3. La acción *proactiva*, en torno a reclamaciones que han sido anunciadas, pero que aun no han sido disfrutadas. La protesta proactiva suele ser una forma de acción colectiva más organizada y extensa, que sustituye la base comunitaria por otra asociativa (huelgas, manifestaciones, pronunciamientos, etcétera), y es la que más ha proliferado en los últimos dos siglos. Este tipo de violencia puede ser clasificado a su vez en palaciega (cuando persigue una simple sustitución de élites), reformista (que busca cambios parciales en algunas instituciones) o revolucionaria (cuando pretende un cambio absoluto del poder y de las instituciones sociales básicas).

La huelga, la manifestación, el terrorismo o la guerra de guerrillas pueden ser competitivas, reactivas o proactivas, o las tres a la vez, dependiendo de la intención de los actores, que puede dirigirse a varios objetivos a la vez. Pero el motín o la revuelta del hambre sólo pueden establecer demandas reactivas.

Así pues, el modelo político propuesto por Tilly toma en consideración las oportunidades que se ofrecen a los gru-

22 Charles Tilly, "Collective Violence in European Perspective", en Hugh David Graham y Ted Robert Gurr (eds.), *The History of Violence in America: Historical and Comparative Perspectives. A Report submitted to the National Commission in the Causes and Prevention of Violence*, Nueva York, Bantam Books, 1969, pp. 89-100 y "Town and Country in Revolution", en John Wilson Lewis (ed.), *Peasant Rebellion and Communist Revolution in Asia*, Stanford, Stanford University Press, 1974, pp. 271-302 y Tilly, Tilly y Tilly, *The Rebellious Century (1830-1930)*, pp. 44-54. Hay que advertir que, a la hora de ensayar estas tipologías, Tilly ha utilizado indiscriminadamente los términos "contestación", "acción colectiva violenta" y "repertorios de acción colectiva".

pos en lucha, así como los riesgos de represión a los que se exponen durante el conflicto. La amenaza de una represión ejercida desde el poder político incrementa lógicamente el coste de entrada del grupo en la acción colectiva. A la inversa, el hecho de tener acceso al poder del Estado, en tanto que grupo integrado en el mismo, es una ventaja, ya que, en este caso, se está cubierto de una intensa represión política.

La evolución histórica de los repertorios de acción colectiva

Tilly consideraba la acción colectiva como un fenómeno vinculado al desarrollo del capitalismo y del Estado modernos. Los procesos de larga duración que están en la base de la acción colectiva son eminentemente históricos: urbanización, industrialización, construcción del Estado, aparición de asociaciones u organizaciones políticas a gran escala y desarrollo del capitalismo, con la consiguiente proletarianización de la fuerza de trabajo. En todas sus obras trata de establecer hipótesis sobre el modo en que se producen los cambios históricos y sus consecuencias, y diseñar los modelos generales de esa acción colectiva.

Las condiciones históricas hacen que un grupo social despliegue una conducta muy diversa, pero siempre dentro de un elenco definido y disponible de acciones. Sin embargo, la acción puede cambiar de fisonomía en función de interacciones continuas (lucha, colaboración, concu-

rrenia, o una mezcla de las tres) con los otros grupos —incluido, claro está, el gobierno—, y está sujeta a contagios espontáneos. Por ejemplo, si una particular forma de protesta se difunde rápidamente en otras latitudes puede ser porque la relación entre costes y beneficios (en concreto, la permisividad de las autoridades) ha cambiado a su favor. Así sucedió, por ejemplo, con las huelgas y las manifestaciones en el tránsito del siglo XIX al XX, o con la desobediencia civil a partir de la segunda posguerra mundial.

La clasificación convencional que Tilly hizo de los modos de la protesta nos pone en relación con los repertorios de acción colectiva, es decir, con las modalidades de actuación en común urdidas sobre la base de intereses compartidos, que se van redefiniendo y cambiando en el transcurso de la acción en respuesta a nuevos intereses y oportunidades, y que son interiorizadas por los grupos sociales tras un largo proceso de aprendizaje.²³ Para Tilly, un repertorio de acción colectiva es...

“... el conjunto de medios alternativos de acción colectiva en la consecución de unos intereses comunes [...] que incorpora un sentido de regularidad, orden y opción deliberada [...] estableciendo un modelo en el cual la experiencia acumulada —directa y vicaria— de los contendientes interactúa con la estrategia de las autoridades para hacer un número limitado de acciones más eficaces, atractivas y frecuentes que otras que, en principio, servirían los mismos intereses”.²⁴

23 Charles Tilly, *La France conteste de 1600 à nos jours*, París, Fayard, 1986, p. 541.

24 Charles Tilly, “Speaking your Mind without Elections, Surveys, or Social Movements”, *Public Opinion* (Oxford), nº 47, 1983, p. 463 y “European Violence and Collective Action in Europe since 1700”, *Social Research* (Nueva York), vol. 53, nº 1, 1986, p. 176.

Tilly señala que el concepto de repertorio es puramente explicativo, y que en su versión más “débil” es una metáfora usada para recordar que determinadas acciones colectivas son recurrentes, son reconocibles por los participantes o por los observadores, y tienen una historia autónoma. En su versión más “fuerte”, el concepto de repertorio equivale a una hipótesis de elección deliberada entre modos de actuación alternativos y bien definidos, donde tanto las opciones disponibles como la elección que realizan los que luchan cambian continuamente, en función de los resultados de las acciones precedentes. En su versión “intermedia”, la noción de repertorio explica un modelo en el que la experiencia acumulada de forma directa e indirecta interacciona con las estrategias de la autoridad, formando un número limitado de formas de acción más practicables y frecuentes de lo que pueden serlo otras formas que, en teoría, sirven para los mismos fines.²⁵ Estas modalidades de acción colectiva presentan varios niveles de complejidad: acciones individuales y puntuales, actuaciones (acciones múltiples en secuencias recurrentes), campañas (organización de múltiples actuaciones) y repertorios en sentido estricto (formación de actuaciones que pueden componer diversos tipos de campañas, pero que permanece muy limitada respecto a las acciones, actuaciones o campañas que los mismos actores tendrían la capacidad técnica de

producir).²⁶ Los repertorios cambian en función de las alteraciones en la estructura de oportunidades políticas, las identidades de los contendientes organizados y la historia acumulativa de las luchas colectivas. En cualquier momento de la Historia, los hombres sólo aprenden un número limitado de vías alternativas para actuar de forma colectiva. La acción colectiva se manifiesta a través de formas de protesta limitadas, definidas, eficaces y familiares para los participantes. Estos repertorios de protesta dependen, entre otros factores, de las costumbres y rutinas diarias de la gente, de la organización interna de la población, de su concepción del derecho y de la justicia, de la experiencia previa acumulada en anteriores acciones colectivas y de las prácticas de represión más habituales.²⁷ Normalmente, los contendientes innovan continuamente, pero en el marco restringido del repertorio existente. Muchas innovaciones fracasan y desaparecen, y sólo unas pocas se convierten a largo plazo en un repertorio independiente de acción. Ello, junto con las limitaciones de colaboradores o antagonistas, limitan las opciones disponibles de interacción colectiva, junto con un número de condiciones sociales (prácticas, leyes, rutinas símbolos...) que la canalizan en cierto grado. De modo que no se producen rupturas tajantes entre repertorios, sino que hay un período de invención, otro de consolidación y otro de expansión.

25 Charles Tilly, “Violencia e azione collettiva in Europa. Riflessioni storico-comparate”, en Donatella Della Porta y Gianfranco Pasquino (eds.), *Terrorismo e violenza politica*, Bolonia, Il Mulino, 1983, p. 69.

26 Tilly, *Popular Contention in Great Britain*, p. 43.

27 Tilly, *From Mobilization to Revolution*, p. 156 y *La France conteste de 1600 à nos jours*, pp. 57-58.

La presencia prolongada de modos específicos de protesta es una fuerza importante en la innovación de la estrategia de la acción colectiva: lo que empezó como una táctica ilegal tiende a convertirse en una forma legítima e institucionalizada de acción política. La huelga o la manifestación como modalidades de protesta impuestas por el movimiento obrero son un buen ejemplo de ello: los trabajadores conocen cómo desarrollar un paro porque generaciones de obreros organizados lo han ensayado antes que ellos. En definitiva, el orden de la protesta es creado por el enraizamiento de la acción colectiva en las prácticas y en la organización de la vida cotidiana, y por su implicación en un proceso continuo de signos, negociaciones y luchas con otros rivales.²⁸

Por lo tanto, un repertorio de acción es un concepto a la vez estructural, cultural e histórico. Las razones que aduce Tilly para los cambios de repertorio son eminentemente históricas, y están vinculadas a la fluctuación de intereses, oportunidades y organización en relación con los cambios en las funciones y estructura del Estado moderno y el desarrollo del capitalismo a escala mundial. La forma, localización y ritmo de las luchas populares estuvo siempre en estrecha correspondencia con las características específicas de la formación estatal y el desarrollo capitalista en ese Estado nacional. En regiones eminentemente urbanas, el desarme de la población civil, así como el de los grupos rivales al poder estatal, se llevó a cabo a

través de negociaciones entre la autoridad central y la municipal, y se solventó organizando una fuerza distinta a la militar, y más preventiva que punitiva: la policía. Mientras tanto, en las regiones con escasa penetración del capital, el Estado hubo de afrontar la resistencia de los poderes tradicionales (nobles locales, clero, terratenientes, oligarquías urbanas), que fueron anulados mediante la cooptación, el soborno, la negociación o la violencia. En este último caso, también se produjeron cruentas guerras civiles. Además, en las regiones rurales, donde el comercio internacional era también escaso y el capital no se concentraba ni se acumulaba tan rápidamente, el Estado no precisaba de la negociación con capitalistas, y la lógica de la coerción dominó sobre la del capital.²⁹ Con el paso al dominio directo por parte del Estado, cuando controla todo el territorio que reclama para sí a través de una burocracia civil separada de la militar, en la que está incluida la fuerza policial, el resto de la población está desarmada, y se ha llegado a un grado de negociación susceptible de acción colectiva no violenta.

Tilly divide la historia de las sociedades europeas y de sus peculiares formas de acción colectiva en cuatro fases de formación del Estado: *patrimonialista* (cuando ni el Estado ni el capitalismo habían adquirido aún carta de naturaleza, y las formas de acción eran la guerra entre banderías locales, alborotos gremiales, batallas intercomunales o agresiones entre grupos religiosos), *de mecenazgo*

28 Tilly, *La France conteste de 1600 à nos jours*, p. 14.

29 Gloria Martínez Dorado, "Introducción: Temas y problemas de la sociología histórica", *Política y Sociedad* (Madrid), nº 18, enero-abril 1995, pp. 7 y 11.

(cuando la emergencia del Estado nación y del capitalismo en los siglos XV-XVIII condujo a una expansión física y competencial que provocó acciones reactivas por parte del pueblo y las antiguas autoridades o élites), *nacionalista* (cuando la consolidación de los Estados nacionales y el capitalismo entre 1700 y 1850 incrementó su capacidad expansiva e hizo aumentar su eficacia en la extracción de recursos,) y *de especialización* (de 1850 hasta nuestros días), caracterizada por la extensión de los servicios sociales y derechos políticos, así como por la exportación forzada del modelo político-económico europeo al resto del mundo. En esta última etapa aparecen nuevas formas de acción, con preeminencia de las luchas capital-trabajo y las tendentes a arrebatar al estado parcelas o espacios de poder.³⁰

Para Tilly, las rutinas de conflicto y de acción colectiva experimentaron una profunda transformación del siglo XVIII al XIX. Esta transformación ocurrió como resultado de una gran concentración de capital, un aumento sustancial y una alteración en el poder de los Estados nacionales y una serie de luchas que brotaron como respuesta a estos cambios.³¹ Desde 1600 hasta, aproximadamente, 1850, los agentes de los mercados internacionales y de los Estados ejercitaron cada vez con mayor eficacia su acción proactiva sobre los recursos bajo el control de innumerables organizaciones de pequeña escala (familias, comunidades, hermandades, gremios, etcétera), las cuales reaccionaron violentamente contra los impuestos,

el reclutamiento, la consolidación de la propiedad capitalista y otras amenazas para su supervivencia con el despliegue de un *repertorio tradicional de acción colectiva*. Hasta el siglo XVIII prevalecieron formas defensivas de desacuerdo, apoyadas en las anticuadas redes de la comunidad rural y en las organizaciones de artesanos, y que se basaban en teorías sobre derechos corporativos heredados y las responsabilidades de su justificación. Estas formas antiguas de protesta, caracterizadas por su carácter reactivo y violento, eran desplegadas por personas y organizaciones que habían perdido sus posiciones colectivas dentro del sistema de poder, y trataban de poner en cuestión las premisas básicas de un Estado y de un mercado nacionales. Los actores comunitarios se comportaban como “radicales instintivos”, hostiles a toda intrusión, y adoptaron un repertorio de acción relativamente fijo, prestado de las estructuras de autoridad existentes. Este viejo repertorio era rígido, parroquial (los intereses y la interacción se concentraban en una comunidad simple), localista (la acción se orientaba hacia objetivos y salidas locales antes que a preocupaciones nacionales), particular (las rutinas de acción variaban enormemente de formato en función de cada grupo, alternativa, localidad, etcétera), patronizado (sus demandas se dirigían a un líder o autoridad local, que podría representar sus intereses, reducir sus agravios, cumplir sus propias obligaciones, o autorizar a actuar), bifurcado (amplia separación entre la acción

30 Charles Tilly, *Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990*, Madrid, Alianza 1992.

31 Tilly, *Popular Contention in Great Britain*, p. 16.

dirigida a objetivos locales y las peticiones para la intervención de las autoridades establecidas cuando se tratan cuestiones nacionales) y directo, esto es, sin intermediarios.

La emergencia del capitalismo industrialista transformó las identidades e intereses de los principales contendientes por el poder, al igual que la forma de su acción colectiva. Uno de los grandes cambios de la historia europea durante los siglos XIX y XX fue el traslado masivo de estructuras de solidaridad hacia gobiernos, empresas, uniones o asociaciones especializadas que empleaban la coerción y las recompensas o incentivos materiales como acicates de actividades de alto riesgo, de fuerte implicación emocional y a largo plazo. Pero la tipificación de repertorios antiguos o modernos no presupone una mayor o menor eficacia de los mismos en su peculiar contexto histórico. Las herramientas sirven para más de un objetivo, y la eficacia relativa depende de la coordinación entre herramientas, tareas y usuarios. En todo caso, un nuevo repertorio fue apareciendo en el siglo XIX porque nuevos usuarios abordaron nuevas tareas y encontraron obsoletas las herramientas disponibles para resolver sus problemas en ese momento histórico. Pero ambos repertorios coexistieron por largo tiempo.

A medida que el grupo comunitario tradicional dio paso a la moderna asociación burocrática, los objetivos y las formas de acción experimentaron un significativo cambio. La dinámica de la industrialización desde el siglo XVIII

condujo a la radicalización de las formas tradicionales de protesta que subyacen a los estallidos revolucionarios de 1776-1848. Gradualmente fueron apareciendo nuevos tipos de acción colectiva, especialmente las huelgas y la actividad política masiva (electoral), basadas respectivamente en organizaciones sociales renovadoras, como el sindicato y el partido político. Los cambios fundamentales de repertorio implican un cambio en la lógica de los movimientos sociales, que derivan hacia desafíos más sostenidos y espectaculares contra la autoridad en nombre de poblaciones agraviadas o amenazadas. Los factores determinantes de esa metamorfosis hacia un *repertorio moderno de acción colectiva* fueron las fluctuaciones en la formación del moderno Estado nacional y en el avance del capitalismo industrial, junto a cambios no menos trascendentes, como el desarrollo de las organizaciones de gran escala, el auge del comercio, la mejora de las comunicaciones, el crecimiento del proletariado, etcétera.³² Esta mutación se produjo por la acción conjugada de los cambios en el aprendizaje, innovación y negociación en el curso de la propia acción colectiva, y por las alteraciones producidas en el entorno institucional (por ejemplo la supresión de las milicias por ejércitos acabaron con siglos de acción colectiva popular armada). Un ejemplo claro de esta interacción fue la legalización de las huelgas.

La aceleración de la urbanización y de la industrialización afectó profunda, pero indirectamente, al carácter e inci-

32 Tilly, *La France conteste de 1600 à nos jours*, p. 19.

dencia de la acción colectiva, ya que facilitó la implantación, gracias a superiores medios de comunicación y control, de los agentes del poder central, al tiempo que la gente se implicaba de manera más intensa en el mercado y en la política nacionales. En este complejo proceso, asociaciones especialmente cualificadas, como los partidos y los sindicatos, se transformaron en los más importantes instrumentos de lucha por el poder, ya fuera por medios violentos como no violentos.³³ A lo largo de los dos últimos siglos, estos fenómenos, junto a otros como el crecimiento de los medios de comunicación de masas, la centralización del poder político o la institucionalización de la democracia liberal, redujeron los costes de la movilización y de la acción colectiva a gran escala, haciendo a las estructuras burocráticas más vulnerables frente a los movimientos que pudieran concitar un amplio volumen de apoyos, y estuvieran dispuestos a actuar en el escenario político nacional para contender por el control y la organización del Estado y de la economía.³⁴ Tilly considera que, al menos en Gran Bretaña, este cambio de repertorio se debió a cuatro procesos convergentes: 1) la nacionalización y la parlamentarización de la actitud contenciosa; 2) los cambios en el sistema capitalista que debilitaron los lazos de patronazgo y las organizaciones corporativas tradicionales; 3) la dinámica de la población (migración, urbaniza-

ción, creación de amplias organizaciones productivas) que generó ventajas políticas para crear, manipular o influir a asociaciones y asambleas más eficaces para la coordinación de actividades, y 4) como consecuencia de los anteriores, se produjo la acumulación de una serie de creencias compartidas, memorias, modelos, precedentes y lazos sociales que reforzó el uso de asambleas, marchas, peticiones, asociaciones especializadas, etcétera.³⁵

Cuando triunfaron las grandes estructuras estatales, las formas de protesta reactiva, basadas en los pequeños grupos de solidaridad, entraron en declive, y los recursos quedaron bajo control de los gobiernos. La consolidación de un Estado nacional, que contaba con importantes medios de coerción, implicó una gestión creciente de los recursos de un territorio por parte de una organización burocrática, centralizada y coordinada, que procedía a su redistribución bajo la presión de nuevas reclamaciones.³⁶ El desarrollo de un Estado con estas características generó tres conflictos esenciales: litigios sobre la apropiación de los recursos de la población dominada por parte de los Estados y otras organizaciones (hogares, municipios, empresas, comunidades); concurrencia con otros gobiernos o aspirantes a gobierno para disponer de la población, la tierra o los bienes, y disputas entre las organizaciones vinculadas al Estado para disponer

33 Tilly, "Collective Violence in European Perspective", 1969, p. 107.

34 Tilly, "Collective Violence in European Perspective", 1972, p. 350.

35 Tilly, *Popular Contention in Great Britain*, pp. 365-367.

36 Tilly, *La France conteste de 1600 à nos jours*, p. 18. Sobre esta cuestión, vid. también TILLY, *Coerción, capital y los Estados europeos*.

de los recursos bajo su control. Por su parte el desarrollo del capitalismo provocó tres modos básicos de contestación: la oposición del trabajo y el capital (huelgas); la rivalidad entre los capitalistas y los aspirantes a controlar los bienes y factores de producción (revoluciones), y la competencia en el interior de los mismos mercados (guerras y luchas políticas).³⁷ El moderno repertorio de acción se fue difundiendo desde fines del siglo XVIII a través de la expansión de la comunicación impresa, el desarrollo de las asociaciones privadas y la construcción del Estado nacional, con su cortejo de destrucción de los cuerpos intermedios y de reducción de la autonomía local. Era un repertorio general en vez de específico, flexible y modular (usaba las mismas formas de acción sobre un amplio abanico de casos), cosmopolita (cubría un amplio elenco de objetivos y procedimientos de orden nacional, no local), de ámbito nacional, autónomo respecto de los poderosos (los participantes desarrollaban los objetos de su protesta en su propio nombre por vía de interlocutores salidos de sus propias filas, y no por la intercesión de patronos), homogéneo e indirecto. El nuevo repertorio aparecía estrechamente relacionado con los procesos electorales y la actividad política general, y no era dirigido por grupos forjados en el fragor del combate, sino por asociaciones más formalizadas (partidos o sindicatos) y moderadas, que perseguían objetivos concretos con arreglo a un programa preciso, y que trataban de maximizar las

ganancias en un marco político concreto, a través de estrategias de acción menos rígidas. La flexibilidad del nuevo repertorio venía marcada por su carácter modular: los diversos tipos de lucha (mítnes, reuniones, manifestaciones, huelgas, barricadas, insurrecciones urbanas planificadas por grupos revolucionarios, etcétera) se centraban en unas pocas rutinas clave de confrontación, podían ser esgrimidos por una gran variedad de actores en muy diversas circunstancias, y sus elementos podían combinarse en grandes campañas de acción colectiva y ser aplicados a una gran variedad de objetivos en solitario o en combinación con otras formas de acción colectiva. Este repertorio, que comenzó a generalizarse durante el siglo XIX, tiende a producir menos violencia que sus predecesores. Las luchas por el derecho de asociación, por la creación de organizaciones y partidos, por el derecho al voto, para hacer huelgas y asambleas legales hablaban en general en favor de la resolución no violenta de los conflictos.

Crítica y conclusión

Los trabajos de Tilly son los que, hasta la fecha, ofrecen la mejor síntesis interpretativa de las estructuras y los procesos sociales que desembocan en una acción colectiva de protesta, y los que han integrado con más fortuna la agencia humana dentro de un marco de análisis estructural. Las conclusiones básicas de sus investigaciones empíricas se pueden resumir de la siguiente manera:

37 Tilly, *La France conteste de 1600 à nos jours*, pp. 20-21 y 550.

1. Los cambios que denominamos modernización no tienen efectos uniformes en el nivel, foco, forma y ritmo del conflicto político.
2. A corto plazo, la urbanización y la industrialización suelen deprimir el nivel de conflicto.
3. La urbanización y la industrialización pueden, sin embargo, estimular el conflicto cuando absorben recursos de grupos establecidos (artesanos, por ejemplo) que conservan su organización interna.
4. La emergencia del capitalismo industrial transforma las identidades y los intereses de los principales contendientes por el poder, al igual que la forma de su acción colectiva.
5. La frecuencia y resultado del conflicto depende en gran parte de la actitud que adopte el Estado.³⁸

La propuesta de conflicto político presentada por Tilly resulta de gran interés por la atención especial que dispensa al proceso dinámico (interacciones entre grupos), y por su explicación lógica de la acción colectiva como un fenómeno condicionado por la movilización de recursos, la organización y los fines políticos que persiguen los grupos y organizaciones sociales. Tanto la movilización de recursos como las perspectivas del proceso político sitúan a los movimientos sociales directamente en el dominio de la acción política. Los cambios

estratégicos en la lucha por el poder explican las tendencias de la acción colectiva mejor que las hipótesis de la crisis social o económica. Esta atención por lo organizativo, lo estratégico, por la acción del Estado y por la influencia del cambio histórico aleja al paradigma de la acción colectiva de los modelos estructural funcionalistas, que prestaban escasa atención a los medios y fines políticos de la violencia, y consideraban el Estado como un mero instrumento del consenso social. En contraste, le aproxima tenuemente a los argumentos del marxismo, que siempre ha otorgado suma importancia a la articulación política del descontento social, y ha considerado al Estado como coacción organizada.³⁹ Para Tilly, en efecto, el Estado es un instrumento de coerción controlado por los grupos afines, pero parece olvidar que hay tipos muy diversos de formaciones estatales que pueden influir de forma muy diferente sobre la acción colectiva. Las críticas más agudas que se pueden formular a sus hipótesis sobre la contienda política y la violencia procedieron del campo de análisis funcionalista: autores como Piven y Cloward pusieron en duda que la protesta y la violencia fueran actividades políticas tan «normales» como las campañas o las reuniones electorales. En su opinión, eran acciones que ocurrían en diferentes contextos institucionales y a las que debían aplicarse diferentes normas de actuación.⁴⁰ Lynn Hunt reprochó

38 Tilly, Tilly y Tilly, *The Rebellious Century (1830-1930)*, pp. 83-86.

39 David Snyder, "Collective Violence. A Research Agenda and some Strategic Considerations", *Journal of Conflict Resolution* (Beverly Hills-Londres), vol. XXII, nº 3, septiembre 1978, p. 502 y Theda Skocpol, *Los estados y las revoluciones sociales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, pp. 38 y 55.

40 Frances Fox Piven y Richard A. Cloward, "Collective Protest: A Critique of Resource Mobilization Theory", *International Journal of Politics, Culture and Society* (Nueva York), vol. IV, nº 4, 1991, pp. 435-458.

a Tilly que sus hipótesis a veces no se derivasen correctamente de la literatura teórica, y que las implicaciones de sus investigaciones empíricas a veces no se especificasen correctamente, como por ejemplo la relación entre la capacidad de coerción y el tamaño de una organización. De hecho, Tilly siempre pareció minusvalorar la acción procedente de los ámbitos local e internacional sobre el nacional, que aparece como el entorno casi exclusivo del nacimiento, el desarrollo y el declive de las protestas multitudinarias. Hunt concluía que las hipótesis nuevas o reformuladas por nuestro autor a veces no eran mejores que las que pretendía reemplazar.⁴¹ Theda Skocpol criticó a Tilly que convirtiera las teorías socioestructurales en sociopsicológicas, al centrarse en analizar a los actores, frente a su propia propuesta de investigar las condiciones estructurales que permitían que esa acción fuera posible, y que consideraba al Estado como un actor más, no como el factor determinante por su fortaleza o debilidad.⁴² En Tilly, el Estado aparece exclusivamente como un instrumento de coerción controlado por los grupos afines, y parece obviar que hay tipos muy diversos de formaciones estatales que pueden influir de forma muy diferente sobre la acción colectiva.

A la altura de 1984, Tilly creía que ninguna teoría de la solidaridad-movilización poseía el apoyo empírico necesario para resultar decisiva, y llegó a

afirmar que “aún es posible que un sofisticado argumento sobre la contingencia que implique a unos actores concedores de sus derechos e intereses, pero acosados por unas circunstancias extraordinarias, sea capaz de ofrecer una explicación de la violencia colectiva y de otras formas de conflicto mejor que cualquier argumento que considere la violencia y el conflicto como subproductos rutinarios de la vida política”.⁴³ Al final de su vida, seguía haciendo un balance muy autocrítico de su trabajo personal:

“En verdad, nunca desarrollé una “teoría” de las movilizaciones colectivas, pero he trabajado en su explicación a lo largo de toda mi carrera. No describiría mis ideas recientes como resultantes de la incorporación de dimensiones culturales. Diría más bien que he prestado más atención a las dinámicas relacionales en sus múltiples escalas”.⁴⁴

Con todo, los trabajos de Tilly han tenido y tienen un enorme influjo entre los científicos sociales preocupados por el cambio no pautado, al ofrecer la síntesis interpretativa más completa de las estructuras y los procesos sociales que desembocan en una acción colectiva de protesta, integrando con fortuna la agencia humana dentro de un marco de análisis preferentemente estructural. Su propuesta de análisis del conflicto político resulta de gran interés por la aten-

41 Hunt, “Charles Tilly’s Collective Action”, pp. 257-258.

42 Skocpol, *Los estados y las revoluciones sociales*, pp. 31-33.

43 Tilly, *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, p. 73.

44 Ángela Alonso y Nadya Araujo Guimarães, “Entrevista con Charles Tilly”, *Tempo Social* (São Paulo), vol. 16, nº 2, noviembre 2004 [http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0103-20702004000200012&lng=en&nrm=iso&tlng=pt].

ción que dispensa al proceso dinámico (interacciones entre grupos), y por su explicación lógica de la acción colectiva como un fenómeno condicionado por

la movilización de recursos, la organización y los fines políticos que persiguen los grupos y las organizaciones sociales.